

almas reciben aptitudes conforme á su vocación. Á nosotros, adoradores, nos da gracia para que adoremos en espíritu y en verdad. Ruega en nosotros y nosotros rogamos en Él: Él es el maestro que nos enseña á orar. El es quien ha dado á los Apóstoles la fuerza y el espíritu de la oración: llámase espíritu de oración y de plegaria. *Spiritus orationis et precum*. Unámonos, pues, á Él. En la Pascua de Pentecósten vino á la Iglesia y habita en cada uno de nosotros para enseñarnos á orar, para formarnos según el modelo de Jesucristo, para hacernos semejantes á Él, á fin de que algún día podamos entrar unidos con Él y verle cara á cara en la gloria celestial.



LA VIDA DEL VERDADERO SIERVO

*Servus tuus sum ego:
da mihi intellectum ut discam
justificationes tuas.*

«Siervo tuyo soy: dame
inteligencia para que
aprenda tus divinos precep-
tos.»

(SALM. CXVIII, 115.)

I

NUESTRO Señor me ha amado y se ha dado á mí. Debo, pues, ser suyo. Esto es estrictamente justo. Pero debo ser suyo como Él es de su divino Padre, porque el Verbo se ha hecho carne, ha venido á morar entre nosotros, ha vivido en nuestra presencia y viene á nosotros en la sagrada Comunión para ser nuestro modelo, para comunicarnos sus virtudes y hacer que vivamos la misma vida que Él vive.

El Padre celestial ha dado á Jesús el título de siervo: *Justificavit ipse servus meus multos*. Mi siervo será fuente de la justificación de muchos. En los Salmos habla David en la persona de Nuestro Señor y dice á Dios: «Vuestro siervo soy, y el hijo de vuestra sierva.» *Servus tuus sum ego*.

Tres son las cosas que hace un siervo fiel.

1.º Está siempre junto á su Señor, dispuesto á obedecerle.

2.º Obedece prontamente y con buena voluntad todas sus órdenes.

3.º Trabaja para la gloria de su Señor.

Estas tres cualidades del siervo fiel las tuvo Nuestro Señor del modo más perfecto durante su vida mortal.

II

Jesús estaba siempre al lado de su Padre, con su Padre. Su espíritu le contemplaba incesantemente y adoraba su verdad: su alma contemplaba su belleza, gozaba de la visión beatífica y no podía separarse de la vista de Dios.

Así Nuestro Señor en el santo Evangelio se dirige á su Padre, como contemplándole sin cesar. En dos palabras revela este misterio: *Filiis hominis non potest a se ipso facere quidquam, nisi prius viderit Patrem facientem*. «El Hijo del Hombre no puede hacer cosa alguna sin haber visto antes hacerla á su Padre.» Siempre estaba, pues, contemplando á su Padre para pensar, hablar y obrar como Él.

La segunda palabra es la siguiente: «El Padre, que permanece en mí, hace Él mismo las obras que yo hago.» *Pater in me manens, ipse facit opera*. Entre el Padre celestial y Nuestro Señor existía, pues, una sociedad habitual en todos y cada uno de los momentos de la vida de Jesús.

Además, «Jesús fué conducido al desierto por el Espíritu»; luego estaba atento y fué obediente á la dirección del Espíritu Santo.

Pues así, nuestro puesto está al lado de nuestro Señor; debemos oír atentos como Él la voz de Dios y tener fijos en Él los ojos para obedecerle á la primera señal que nos haga: *Sicut oculi servorum in manibus domini eorum, ita oculi nostri ad Dominum nostrum*.

Esto han hecho todos los Santos, así de la antigua como de la nueva Ley. Noé caminó con Dios; *ambulavit cum Deo*: luego es esto posible; más aún, es necesario. «Camina en mi presencia si quieres ser perfecto», dice Dios á Abraham. *Ambula coram me, et esto perfectus*.

Acaso diga alguno que el estar constantemente en la presencia de Dios nada le costaba al alma de Jesús ni á la de María, y nada les cuesta ahora á los ángeles; pero que en nosotros supone una lucha muy trabajosa. Verdad es que Jesús, su Santísima Madre y los ángeles sólo hallan delicias en contemplar á Dios, y no hay cosa que pueda apartar de Dios sus ojos. ¿Pero acaso no nos asiste á nosotros la gracia de Dios? Además, con el corazón es como debemos permanecer al lado del Señor, y al corazón, cuando ama, no le cuesta trabajo estar con la persona amada; antes halla en esto su mayor delicia. Es, pues, necesario vencer todas las dificultades y llegar á vivir habitualmente con todas nuestras facultades al lado del Señor.

III

Nuestro Señor no hacía otra cosa que reproducir las acciones que el Padre le mostraba para que Él las hiciera, cumpliendo en todo su voluntad: era, pues, el eco de los pensamientos del Padre, la repro-

ducción sensible y humana del pensamiento, de la palabra y de la acción divina del Padre.

Nosotros, pues, tenemos que reproducir á Nuestro Señor, que obedecerle, que hacer su voluntad en el momento presente, en el ejercicio de tal ó cual virtud; tenemos que estar dispuestos á obedecerle interiormente y con actos exteriores, si por ventura es ésta su voluntad; tenemos que inspirarnos en sus pensamientos y deseos, y todo esto con amor y fidelidad.

Pero tengamos presente que donde Nuestro Señor quiere sobre todo obrar es en nuestra alma, más bien que en obras exteriores; en nosotros y sobre nosotros: *Pater in me manens, ipse facit opera.*

IV

Jesucristo no hace cosa alguna sino por la gloria de su Padre, y rehusa todas las alabanzas y honores que se le tributan en cuanto hombre. *Quid me dicis bonum? ¿Por qué me llamáis bueno? Gloriam meam non quaero.* No busco mi propia gloria.

El siervo bueno no busca sino el bien de su señor; procura por los intereses de su señor más bien que por los suyos propios: en esto consiste la delicadeza en su servicio. Así, nosotros sólo debemos procurar por los intereses de Nuestro Señor y Maestro; sólo debemos trabajar en que su gracia y sus dones fructifiquen para su mayor gloria.

V

Pero esta vida del todo interior, toda en sí, que no hace ni dice cosa alguna sino por la voluntad de Dios, acaso pueda parecer inútil. Sin embargo, ¿quién podrá dejar de admirar á Nuestro Señor en Nazareth, en su vida inútil á los ojos del mundo, oculta á los hombres, tan sencilla en sí misma? El Padre prefiere esta vida á otra cualquiera. Prefiere á su divino Hijo y Salvador nuestro, glorificándole y santificándonos, oculto, sin más testigos que el mismo Dios, trabajando en su humilde estado, en cosas de tan poco valor. Pues así nos prefiere también á nosotros.

La razón es porque esta vida oculta es toda para Dios, mediante el sacrificio de uno mismo: en ella damos más gloria á Dios que en todo género de sacrificios. Este es el reino de Dios en nosotros; es la muerte y la tumba de nuestro amor propio.

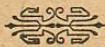
Así, cuando nuestro Señor nos llama á nuestro interior para morar allí con nosotros, tratando sólo con Él, recibimos una inestimable gracia. Entonces nos llama á trabajar secretamente con Él en su retiro; somos sus confidentes; quiere que repitamos sus palabras, que sólo hagamos las obras que en lo interior nos muestra, que no hagamos sino lo que Él mismo ha hecho; quiere que seamos otro Él, el cuerpo de su alma, la libre expresión de su deseo, la ejecución humana de sus pensamientos; divinizada y de un precio infinito mediante la unión con sus méritos.

VI

Para llegar á este término, necesario es que trabajemos interiormente sobre nosotros mismos: *Christus in me manens*; es necesario morar en mí mismo. Mas para morar en mí mismo con fruto, es necesario que Nuestro Señor permanezca en mí; y nuestro Señor morará en mí según yo more en Él: esta unión es recíproca. La morada en Nuestro Señor se hace por el don, por el homenaje de uno mismo, hecho actual mediante el ejercicio de las virtudes que reclama el momento presente, fortalecido y sostenido por el amor activo que, más que gozar, desea inmortalarse á la voluntad de nuestro Señor.

Pero ¡oh desdicha! acaso hace largo tiempo que nuestro Señor nos está llamando á esta vida oculta en Él, y que nosotros huímos hacia lo exterior, imaginándonos torpemente que todo consiste en moverse, en obras exteriores y sacrificios de mucho valor; mas la razón es porque no queremos habitar siempre en una casa donde moran la miseria, la enfermedad y los dolores. Nos hace salir de ella el tedio ó algún amor extraño, ó el gas de la vanidad que se escapa.

Vivid Vos y reinad é imperad en mí: *In me vive, regna, impera*. Oír quiero las palabras que me decís en mi interior. *Audiam in me quid loquatur Dominus Deus*, y yo os haré fielmente compañía en mi corazón.



EL RECOGIMIENTO, VÍA DE LAS OBRAS DIVINAS

*Eccc enim regnum Dei
intra vos est.*

El reino de Dios está en
vosotros mismos.

(Luc., XVII, 21.)

I

CUANDO Dios crió al hombre, se reservó el reinar en su alma, el recibir Él solo el homenaje de su vida, y ser su fin y su gloria.

Mediante nuevas gracias Dios había de perfeccionar la imagen y semejanza de sí mismo que puso en el hombre, obrando juntamente con él.

Pero el pecado todo lo trastornó. El hombre pecador no quiso permanecer con Dios dentro de sí mismo, y derramándose al exterior se hizo esclavo de los objetos exteriores.

Para hacerle volver en sí, Dios se le muestra en su Encarnación, y después de haberle dado pruebas de su amor y bondad, de haberse hecho amar de él, y de haber permitido que le tocara con sus propias manos, se vela, se oculta mediante la Eucaristía y la gracia santificante. Aquí nos habla, nos aconseja,

nos consuela, nos santifica. En nuestro interior es donde quiere establecer su reino, y obligarnos así á permanecer con Él en nosotros mismos, á hacer lo mismo que hizo la Santísima Virgen en la Encarnación, que vivía considerando atentamente el divino fruto que llevaba en sus entrañas.

Si nosotros somos fieles á esta gracia, Jesús nos consuela, nos da la paz, nos hace gustar de la suavidad de esta palabra: «¡Cuán bueno es morar con Vos!»

Este deseo de Nuestro Señor de hacernos entrar en nuestro interior, nos explica mejor aquellas palabras de la Escritura: «Pecadores, volved á nuestro corazón.» *Reddite ad cor.* «Hijo mío, dame tu corazón.» *Fili, praebe mihi cor tuum.* «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón.» *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo.* El corazón es la vida; y donde está tu tesoro, allí está tu corazón.

II

Cuando Dios quiere santificar al alma, la aparta del mundo enviándole pruebas y persecuciones, ó haciéndole concebir con su gracia horror al mundo, amor á la soledad, al silencio, á la oración. El don más frecuente que Dios otorga al alma es el don de oración, por medio de la cual el alma se ve como obligada á aislarse, á recogerse, á espiritualizarse, y, para llegar á este punto, á mortificarse. Y si el alma no hace lo que está de su parte, le envía desgracias, enfermedades, penas interiores que la desprenden y la purifican de sí misma, como las tempestades purifican la atmósfera.

III

«Permaneced en mí, y yo permaneceré en vosotros. Así como la rama no puede llevar fruto si no está unida al tronco, así vosotros nada podéis si no estáis unidos conmigo.» Nuestra unión con Nuestro Señor debe ser, pues, tan íntima como la de la rama con el tronco y con las raíces: debe ser una unión de vida.

Y como esta savia divina de la verdadera viña es poderosísima y fecundísima, según aquella palabra: «El que permanece en mí da muchos frutos», sigue-se que si estamos unidos con Jesucristo, no sólo mediante el estado de gracia y la fidelidad á la gracia, sino mediante la unión con sus palabras, que son espíritu y vida, seremos omnipotentes para el bien. «Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis, que os será concedido.»

Por último, la unión de amor práctico que únicamente procura agradar á Dios, complace á la Santísima Trinidad: «Si alguno me ama, guardará mi palabra y mi Padre le amará; y nosotros vendremos á él y haremos en él nuestra morada.»

El Salvador sólo pidió para nosotros, en su última oración, esta unión. «Les he dado ¡oh Padre! la luz que he recibido de Vos, para que ellos sean uno, como nosotros somos uno. Yo en ellos, y ellos en mí, á fin de que ellos sean consumados en la unidad, y el mundo sepa que Vos me habéis enviado y que los habéis amado como Vos me habéis amado á mí.»

San Pablo, á semejanza de su Maestro, nos predica la unión con Jesucristo: «Vosotros sois miembros

suyos y Él es vuestra cabeza. Sois el cuerpo de Jesucristo, y Jesucristo el alma de este cuerpo místico.» Vive en nosotros y nos hace que vivamos.

Recibimos en la Comunión el cuerpo y la sangre de Jesús á fin de unírnos más estrechamente con su alma, con su espíritu, con sus operaciones interiores, sus méritos, sus virtudes y, en suma, con su vida divina.

Esta es la unión que constituye una sociedad en que Jesús todo lo hace en nosotros, porque nosotros sacrificamos nuestra persona á la suya para que ella piense y obre por nosotros, á fin de que ella sea nuestro yo. La Eucaristía ha sido principal, por no decir únicamente, establecida para ayudarnos á practicar y á conservar esta unión admirable: es el sacramento de la unión con Dios.

IV

Es indudable que sin esta unión íntima con Nuestro Señor podríamos concebir buenos propósitos y conocernos á nosotros mismos, y conocer á Dios; pero todo esto sería muy poco eficaz, porque no obrando en unión con Jesús, no pensando con Jesús, nos dejaríamos cautivar por los actos exteriores, ó nos dejaríamos llevar de nuestro propio gusto.

Es, pues, necesaria la unión actual, viva y duradera; es preciso que los ojos de mi alma estén siempre abiertos para mirar á Jesús en mí. Mas ¿cómo hemos de llegar á este punto? Practicando la unión. ¿Qué necesidad tengo de discurrir acerca de los medios que he de emplear para llegar á esta unión? ¿De qué sirven tantos propósitos é investigaciones espirituales? Esto sólo sirve para entretener al espíritu.

Es necesario ponerse en Nuestro Señor sin examinar cómo; someterse en cada caso á su divina voluntad; no querer otra cosa más que su voluntad; cumplirla según su deseo y ser enteramente suyo por amor, por agradar á Nuestro Señor; ser del todo de su voluntad por la gracia y virtud del momento presente: aquí está todo el secreto del *manete in me*: permaneced en mí.

Si por ventura nos halláramos en casa de alguna persona superior á nosotros, honraríamos á esa persona; si en el palacio de algún soberano, le obedeceríamos; si en casa de algún amigo, procuraríamos agradarle. Pues todas estas cosas debemos hacer cuando nos hallemos en la Casa de Nuestro Señor.

V

Mas ¿cómo llegar á esta unión? Pensando en ella, queriendo pensar en ella, dirigiendo nuestra intención al fin debido, ofreciendo y volviendo á ofrecer nuestras obras, investigando los defectos en que hubiéramos incurrido.

Para esto es necesario pensar en Dios; el medio mecánico de la unión es la práctica habitual de la presencia de Dios. Este es el único medio de tener el espíritu en reposo, en consejo con Dios, el medio de mantener firme el corazón en la bondad del divino amor, de tener la voluntad á su disposición y el cuerpo sumiso y respetuoso.

Este efecto produce naturalmente la presencia de un hombre grave y prudente á quien amamos: este debe ser el efecto que produzca en nosotros la presencia de Dios, á quien amamos y tememos, el cual

nos sostiene en este estado mediante la dulce unción de su gracia.

Sin la presencia de Dios, la vanidad lleva al espíritu en pos de sí, nos disipamos, y, á semejanza de las mariposas, vamos revoloteando de una cosa en otra. Sin la presencia de Dios, el corazón busca consuelos piadosos, pero humanos, y la voluntad se deja llevar de la pereza y de antipatías naturales.

Es sobre todo la presencia de Dios necesaria para calmar la excitación que produce en nosotros la lucha consiguiente á la práctica de la virtud y al vencimiento de las naturales antipatías. No es posible permanecer siempre en el campo de batalla; es necesario descansar en Dios.

Llegamos á conseguir el hábito de la presencia de Dios gradualmente, empezando por lo más fácil: ofreciéndole nuestras obras, diciendo con frecuencia breves palabras, aspiraciones, haciendo actos de amor. Es necesario observar cierto plan: recogernos y contemplar á Dios en nosotros mismos al ver tales ó cuales cosas, en tales ocasiones y determinados lugares, y después dar cuenta á Dios de estos actos como hace un niño con su madre. Mas para que esto no sea en vano, conviene establecer y observar con rigor una sanción externa y corporal contra las faltas que cometamos en estos ejercicios.

Uniéndonos de esta suerte con Dios, dámosle toda nuestra vida; nos damos á Él totalmente nosotros mismos.

¿Qué mayor gracia podemos desear, ni qué virtud podrá ser más útil para nosotros y más gloriosa para Dios? Este es el *egredere*, el salir uno de sí mismo y entrar enteramente con todo nuestro ser en Dios nuestro Señor.



EL RECOGIMIENTO, LEY DE LA SANTIDAD

*Via in justificationem
tuarum instrue me.*

Enseñame ¡oh Dios mío!
el camino de la santidad.

(PSALM. CXVIII, 27.)

En el recogimiento se halla la ley de la santidad. Siempre que Dios llama algún alma á sí, hace que salga del pecado, entrando en sí y examinando su conciencia; cuando quiere elevarnos á un alto grado de virtud se sirve asimismo del recogimiento, y, finalmente, éste es el medio de que hace uso para unir consigo al alma en la vía del amor. Es, pues, el recogimiento la ley de la santidad, tanto para los penitentes como para los que van adelantando en la perfección, como para los que están cerca del término.

I

Habiendo sido degradada, envilecida y corrompida por el pecado original la naturaleza humana, el hombre se avergüenza de hallarse á solas consigo

mismo. Cuéstale trabajo pensar en Dios; quiere vivir entre las locuras de la imaginación que le entretiene y le engaña durante casi toda su vida, entre la vanidad y la curiosidad del espíritu, y su corazón busca simpatías en las criaturas para gozar con ellas de la vida. Pronto acaba por ser esclavo de una idea fija, de un deseo que le agita, de una pasión que le devora, de un vicio que le consume: en el fondo de todos sus actos está la sensualidad; trabaja, estudia y se esfuerza por gozar el día de hoy ó por prepararse á gozar el día de mañana.

Este es el hombre terreno: pasa la mayor parte de la vida sin pensar jamás en Dios, su Criador, su Salvador, su Soberano Juez. ¡Cuántos hombres hay que jamás han sabido hallar tiempo de pensar en Dios!

Mas ¿cómo convierte Dios á este hombre material y vicioso y muestra en él su misericordia? Tornándole hombre espiritual é interior, obligándole á entrar dentro de sí, ya valiéndose de alguna enfermedad que le aisla de los demás, ya de alguna desgracia que le muestra la vanidad de las cosas de este mundo, ya haciéndole conocer, en vista de la infidelidad é iniquidad de los hombres, cuán vanos son sus deseos de felicidad.

Cuando el pecador conoce estas miserias que le entristecen y agobian, Dios le llama como en otro tiempo llamó á Adán después de haber pecado; le llama en el fondo de la conciencia, haciéndole sentir el aguijón de los remordimientos; muéstrale la causa de su desgracia, pone en su pensamiento el recuerdo de la bondad y misericordia de Dios á quien amó en su juventud; el recuerdo de un Dios Salvador dispuesto á recibir benigno al pecador arrepentido. Este pensamiento es ya provechoso á su

alma: el pecador advierte en su alma ternura y derrama con sorpresa dulces lágrimas. Su corazón, hasta entonces tan duro, se ablanda; parécele oír estas palabras del cielo: «Ven á mí, y yo te consolaré, y te perdonaré, y tú recobrarás la paz.»

¡Dichoso el pecador que se rinde al oír esta voz, porque éste ha recobrado á su propia alma y á su Dios!

Toda conversión es, pues, fruto de una gracia interior, del recogimiento del hombre en su propia conciencia, en la penitencia de su corazón, en la bondad de Dios.

Este vacío, esta tristeza que siente el pecador en medio de sus extravíos, es ya la voz de Dios que le dice, como en otro tiempo á Israel: «¡Desdichado del hombre que halla su felicidad en el mal, que reposa en el pecado, que se deleita en dar hartura á sus pasiones!» Lejos está de Dios este desdichado, y lejos de sí mismo. La fiebre del vicio le da vida artificial; es un loco que se llama y se cree á sí mismo rico, sabio y feliz; pero es un ignorante, está desnudo y no conoce la felicidad

II

Cuando Dios quiere conceder á algún alma una gracia extraordinaria y conducirla á la perfección, concédele la gracia de un mayor recogimiento. Esta verdad incontestable ni siquiera es conocida y apreciada por muchas personas piadosas, que creen con frecuencia que el adelantamiento en la virtud consiste en practicar las obras externas de la vida cristiana, ó en gozar más de la presencia de Dios.

Sin embargo, es cosa cierta que la gracia del re-

cogimiento, por lo mismo que nos acerca más á Dios, nos obtiene más luz y más calor, porque nos acerca más al foco divino. Por esta razón, cuando estamos profundamente recogidos, entendemos mejor ciertas verdades, porque las penetramos iluminados con la luz misma de Dios. Entonces experimentamos una paz antes desconocida y una fortaleza que nos causa admiración: conocemos que estamos con Dios.

Cuando estamos más en la presencia de Dios, oímos aquellas suaves palabras que Dios dice solamente á los que, como San Juan durante la cena, reposan sobre su corazón, con la voz secreta, baja y misteriosa del amor: «Escucha y mira, alma recogida; inclina tu oído á mi voz; olvida á tu pueblo y á la casa de tu padre; tú serás el objeto del amor del Rey.» *Audi, filia, et vide; inclina aurem tuam et obliviscere domum tuam et domum patris tui et concupiscet Rex decorem tuum.*

Siguese de aquí que lo que da valor y precio á alguna gracia es su unción interior, que nos recoge en Dios; que una gracia interior vale más que mil gracias exteriores, y que nuestras virtudes y nuestra piedad sólo viven por el recogimiento que las anima y las une con Dios.

En la vida natural no es el hombre más hábil y poderoso aquel más robusto y que trabaja con más brío, sino el pensador profundo, el hombre paciente y reflexivo que sabe examinar los negocios bajo todos sus aspectos, que conoce su alcance, prevé los obstáculos, sabe combinar los medios. Este hombre es el dueño, y sólo será vencido por otro que posea estas mismas cualidades en grado más excelente que él.

En el mundo espiritual, el cristiano más ilustrado en las cosas de Dios es el más recogido, el más desasido de los sentidos, de la materia, del mundo. Sus ojos son más puros: á través de las tinieblas de la atmósfera natural penetran hasta la luz de Dios. Su oración es la más poderosa, porque la hace en Dios; su palabra la más eficaz, porque no hace sino repetir como Jesucristo la palabra de Dios. Es también el más poderoso en sus obras, sencillas é inútiles en la apariencia, pero que convierten y salvan al mundo. Moisés en lo alto de la montaña, solo, recogido en la presencia de Dios, era más fuerte y poderoso que todo el ejército de Israel.

Así la vida de adoración, la vida contemplativa, es de suyo más perfecta que la vida de más trabajo y sacrificio. Díganlo, sino, los treinta años de la vida oculta de Jesús en Nazareth; su vida en la Eucaristía, que se continúa á través de los siglos. Porque si hubiera habido algún estado más santo y en que hubiera podido dar más gloria á Dios, ciertamente le habría escogido para sí Jesucristo Nuestro Señor.

III

La perfección de la vida cristiana en este mundo consiste en la unión más íntima del alma con Dios. Maravilla verdaderamente extraordinaria es que todo un Dios haga perfecta al alma, se una á ella para embellecerla, cuando el alma se da enteramente á El en el recogimiento.

Empieza aislandola del mundo para poseerla enteramente como amante celoso que quiere gozar él solo de su amada. Dios torna el alma inhábil, inca-

paz, sin sentido alguno para las cosas del mundo, de las cuales nada entiende. ¡Quiere libertarla de la servidumbre con que liga á los hombres el resultado feliz de sus afanes!

Después le muda Dios la manera de orar. La oración vocal la cansa; ya no encuentra en ella el alma la unción y el gusto divino que otras veces encontraba: hace oración vocal por deber, mas no porque sienta inclinación á ella. Los libros le causan tedio: su corazón no encuentra ya alimento suficiente en ellos, ó no los entiende, porque ya no expresen sus pensamientos. En cambio se siente atraída, suave y poderosamente, á orar interiormente en silencio, en paz en la presencia de Dios. En tal estado no advierte sus propias obras, sino sólo la obra de Dios. No busca tal ó cual medio: está en su fin, en Dios. Piérdese enteramente de vista á sí misma, pues más que en sí, está en Dios y la domina el encanto y la belleza de su verdad y la bondad de su amor.

¡Oh dichoso momento aquel en que Dios nos atrae á sí de este modo! Con más frecuencia nos atraería si nosotros estuviésemos más desligados de afectos terrenos, si fuésemos más puros en nuestras obras, más sencillos en nuestro amor. Dios sólo desea comunicarse á nosotros, pero quiere ser el rey de nuestro corazón y el señor de nuestra vida. Quiere serlo todo en nosotros.



EL RECOGIMIENTO, ALMA DE LA VIDA DE ADORACIÓN

María, sedens secus pedes Domini, audiebat verbum illius.

Unum est necessarium (ait Dominus): Maria optimam partem elegit.

María, sentada á los pies del Salvador, oía sus palabras.

Una sola cosa es necesaria (dijo el Señor), y María ha escogido la mejor parte.

(Luc., X. 39, 42.)

LA virtud característica y dominante de un adorador es la virtud del recogimiento, mediante la cual el alma domina y gobierna en la presencia de Dios, y con auxilio de la gracia, todos sus sentidos y potencias.

El alma recogida es semejante al piloto que con el timón gobierna á su arbitrio el buque; es como el espejo que forman las aguas límpidas y puras, en que Dios se mira con alegría; es como el espejo argentino en que Dios se retrata en cierto modo, en